PRINCIPALES FUENTES DEL ESTOICISMO Y EPICUREÍSMO EN BIBLIOTECAS DEL PRIMER RENACIMIENTO (1500-1556)[1]

CLARA MARÍAS MARTÍNEZ
Universidad Complutense de Madrid

INTRODUCCIÓN

ESTA INVESTIGACIÓN HA consistido en rastrear 34 bibliotecas del periodo 1500-1556 en busca de las principales fuentes del estoicismo y el epicureísmo[2], lo que me interesaba por tratarse de dos ramas de la filosofía clásica revitalizadas en este periodo, conocidas casi siempre de forma indirecta, y muy influyentes en la literatura. Es un intento, pues, de aunar dos líneas de investigación, la que analiza la presencia de una materia en las bibliotecas del Siglo de Oro[3], y la que estudia la difusión de ideas en el Renacimiento[4]. Existen trabajos sobre la influencia en España de Horacio, Séneca, Plutarco, Luciano[5]… pero suelen centrarse en las ediciones, traducciones e imitaciones, de ahí que, para reconstruir la imagen que le llegaba al hombre renacentista de estas corrientes, además de considerar las ediciones y traducciones de los libros que las transmitían, sea interesante ver qué autores y qué títulos, y, en la medida de lo posible, en qué lenguas y soportes, eran más habituales en las bibliotecas. Aunque sus poseedores no las leyeran, o su motivación

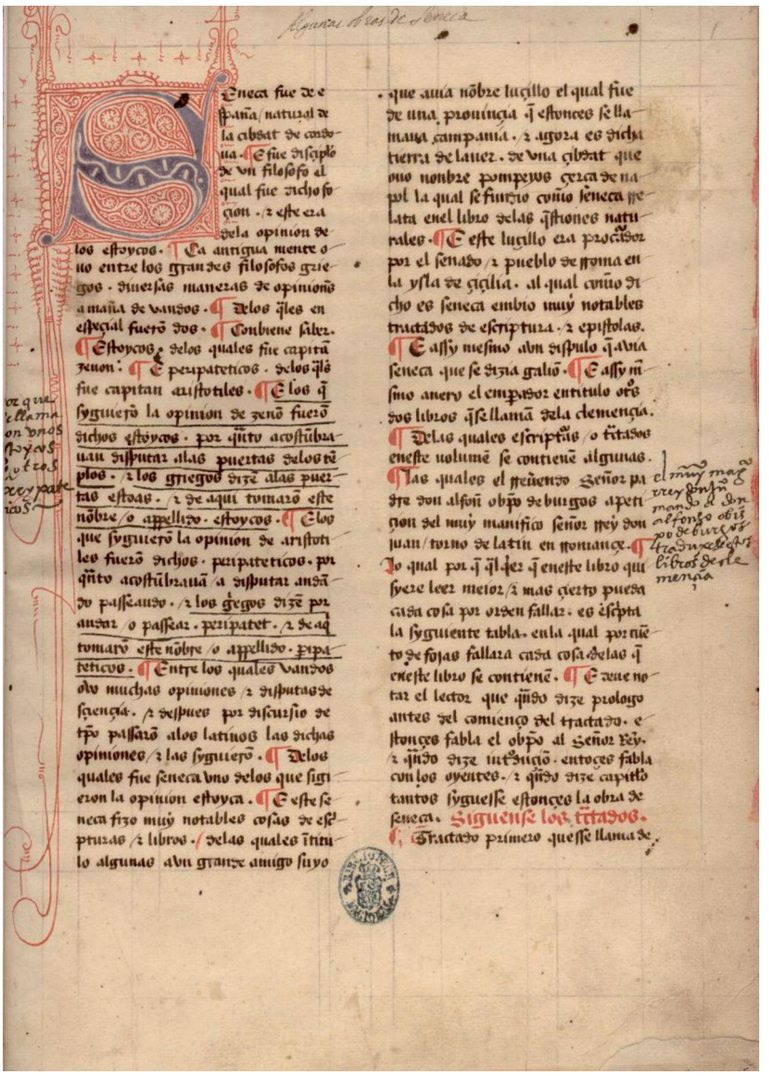
1. Esta investigación se ha llevado a cabo gracias a la Beca de Formación del Profesorado Universitario del Ministerio de Educación, y a la supervisión del Dr. Alonso Miguel. Por su extensión, no han podido incluirse las tablas con los datos específicos de autores y obras.

2. Se han buscado conjuntamente ambas corrientes porque la mayoría de los autores comentan ideas de ambas escuelas, aunque sea para contraponerlas, de ahí que aunque sea más abundante la presencia del estoicismo, no tuviera sentido contar las obras y autores por separado.

3. Me refiero a estudios como los de novela de caballerías, épica y La Celestina (Chevalier), Fray Luis de Granada y América (Dadson), libros científicos (Rojo), o poesía y novela (López Poza y Díez Borque).

4. En esta línea destacan los estudios sobre erasmismo (Bataillon, Gil), ateísmo (Vega), o literatura espiritual (Rafael García).

5. Por ejemplo, el pionero de Menéndez Pelayo, los ya clásicos de Vives Coll y Blüher, o los más recientes de Bergua, y Albrecht, además de los centrados en traducciones (Beardsley, Round, Morales, Crosas, Allés).



Ms. con la traducción de Alonso de Cartagena de *De clementia* de Séneca en la que se destaca su origen hispano, MSS/9990 de la BNE, accesible en la Biblioteca Digital Hispánica

no fuera la filosofía, la presencia de ciertas obras nos muestra qué tenían a su alcance, bien por propio interés, bien por herencia o regalo, y por tanto, qué ideas se difundían en el caso de que abrieran los libros, o los prestaran.

La primera fase de la investigación precisaba determinar qué autores y obras iban a tenerse en cuenta como difusores de las ideas estoicas y epicúreas. Para ello partí de los estudios de Jill Kraye, especialista en la filosofía helenística en la Edad Moderna, quien destaca que frente a la pervivencia de bastantes obras de Aristóteles y Platón, los escritos de la mayor parte de los primeros estoicos y epicúreos solo se conservan fragmentariamente, y su recuperación comenzó en el siglo XVII, por lo que para conocer estas doctrinas

los hombres del Renacimiento tenían que confiar en los autores latinos, sobre todo Cicerón y Séneca –cuyas cartas y diálogos mostraban ideas epicúreas además de estoicas–; y en Plutarco, cuyos tratados eran un testimonio hostil pero informativo. Kraye recoge también la importancia –aún hoy en día– de Diógenes Laercio, cuya obra fue traducida al latín en 1433 por Traversari, quien justificó en su dedicatoria a Cosimo de' Medici que las ideas que contenía concordaban con la verdad cristiana, y que si había errores paganos, ello llevaría a los lectores hacia obras sagradas. Desde el inicio del «revival» de estas obras, pues, sus defensores eran conscientes de su peligro, descrito por el humanista Scala como «una víbora acechando entre plantas y flores» (Kraye, 2007: 99). Cabe recordar que muchos de los autores importantes en la transmisión de la filosofía helenística, como Cicerón, Séneca, y Luciano, aparecerán en el XVII, junto con Epicuro y Lucrecio, en el frontispicio de los manuscritos de *Theophrastus redivivus* –obra abiertamente atea–, según señaló Mª José Vega (2008: 274). También ha de tenerse en cuenta que aunque Cicerón y Séneca habían sido ya muy difundidos en la Edad Media, cuando el estoicismo, conocido superficialmente, alcanzó cierto prestigio al gozar de la aceptación de autores cristianos, es durante el Renacimiento cuando se profundizó en sus obras, y se descubrieron ideas menos compatibles con la ortodoxia, aunque nunca tan problemáticas como las del epicureísmo, que por ello no superó su condición de paria de las filosofías de la Antigüedad, según Kraye (2007: 102).

Partiendo de estas premisas, los nombres que han guiado la búsqueda han sido: Cicerón –menos su obra retórica–, Lucrecio, Horacio, Séneca –incluyendo las obras atribuidas–, Plutarco, Epicteto –a través de Flavio Arriano–, Marco Aurelio, Luciano, Diógenes Laercio –y reelaboradores como Walter Burley–, Macrobio, Boecio, y Petrarca –con *De remediis* y *De vita solitaria*. Los doce autores se sitúan entre el s. II a.C, y el XIV, marco temporal tan amplio que explica la diversidad de las fuentes y su compleja transmisión, especialmente de las obras en griego –Plutarco, Flavio Arriano, Marco Aurelio, Luciano, Diógenes Laercio–, más difundidas tras ser traducidas al latín por los humanistas. De estos, se ha incluido a Petrarca por su importancia en la difusión del estoicismo «cristianizado». En un futuro, la búsqueda podría ampliarse recogiendo otras fuentes clásicas –como Sexto Empírico, Plinio, Gelio…–, la mediación de los autores cristianos, de humanistas italianos –Bruni, Valla, Filelfo, Raimondi…– y de otros intelectuales –Erasmo, Vives, y a finales de siglo, Bruno y el impulsor del neoestoicismo, Lipsio–. A continuación, el siguiente paso era delimitar qué bibliotecas iban a formar el corpus de estudio. Para ello, partí de la *Suma de inventarios* elaborada hasta 1560 por Mª Isabel de Páiz, y descarté los conjuntos más escasos[6], añadiendo otros[7], hasta la llegada al trono de Felipe II.

Durante el análisis de los inventarios, surgieron problemas metodológicos que afectan a todo aquel que se acerque a los testimonios de bibliotecas del Renacimiento para buscar en ellos huellas de la Historia de las Ideas. Parte de los mismos se debe a la propia naturaleza de los testimonios, pues excepto uno, no son catálogos destinados al uso como los de Gondomar u Olivares, por lo que la información que suministran –muchas veces solo el autor, la encuadernación y el precio– ha impedido comparar sistemáticamente las lenguas,

6. Por ejemplo, los de Gabriel Sánchez, Sancha de Guzmán, Alonso Pimentel o Diego de Villatoro, así como los demás con menos de 25 vols. o los que contaban solo con libros religiosos.

7. Por ejemplo, los del II Duque de Alburquerque, el III Conde de Feria, o El Pinciano.

soportes y ediciones de las obras. Los únicos casos en los que los datos de los libros han sido suficientes han sido aquellos en los que un investigador ha reconstruido los libros de un personaje a partir de los que ha encontrado con marcas de posesión en la actualidad, como Juan Signes con El Pinciano; o en los que se ha unificado varias fuentes de época, y localizado parte de los libros, como Elisa Ruiz con Isabel la Católica, o Gonzalo con el príncipe Felipe.

Pero sin duda, ha sido aún más problemático enfrentarse al carácter muy desigual de los estudios de estos documentos, por las distintas metodologías e intereses de los investigadores, pues los hay que solo han transcrito el inventario, y entre los que han querido dar un paso más, la actitud ante los testimonios más sucintos ha sido muy diversa: unos proponen títulos posibles, otros plantean hipótesis acerca de la lengua y el soporte, otros señalan la edición más probable, otros enumeran todas las ediciones y traducciones existentes. En definitiva, el mayor reto ha sido conjugar todos estos datos para, además de analizar la presencia de la filosofía en general y de la helenística en particular, profundizar en los autores y obras. El hecho de contar con pocos datos certeros de la mayoría de los libros, a veces ni los títulos; y conocer por el contrario todos los detalles de unos pocos, ha impedido comparar de forma conjunta muchos parámetros de gran interés; y menos aún extraer resultados numéricos en cuanto a la frecuencia de ciertos títulos, lenguas y ediciones, por tratarse a veces de meras hipótesis. De ahí que las conclusiones sean incompletas y provisionales.

Análisis según bibliotecas

Dentro del corpus de bibliotecas analizadas, destacan las nobiliarias, pues son 15 de 32. De las demás, 4 pertenecen a miembros de la familia real, 7 a hombres de letras, 6 a personas e instituciones religiosas, y 2 se diferencian de las demás porque son el conjunto de obras halladas en el taller de Jacobo y Juan Cromberger, con libros impresos por ellos, importados para la venta, y quizá, algunos de la colección familiar.

El tamaño de las bibliotecas es muy diverso, desde los 26 libros de Francesc Cerezo hasta los varios miles de Hernando Colón, por lo que hemos decidido excluir esta última del análisis global para no deformar los resultados, y también porque dado su volumen y que el *Catálogo Concordado* que identifica las obras solo abarca 1200, daría para un estudio monográfico. En el conjunto de las demás bibliotecas, los libros sobre filosofía suponen el 7% del total, y las fuentes del estoicismo y epicureísmo casi el 4% del total y más de la mitad de los filosóficos. Esta cifra global ofrece una primera imagen: si bien la Filosofía era una materia minoritaria frente a la Religión o la Historia, dentro de la misma las doctrinas helenísticas estaban muy bien representadas, siendo el resto mayormente obras de Aristóteles y sus comentadores, que aparecen en al menos quince de las bibliotecas, frente a la escasa presencia de Platón[8].

8. Solo está representado en colecciones muy ricas como la del Marqués del Priego, la Catedral de Salamanca, y el príncipe Felipe. Parece, por tanto, que la rivalidad máxima se da entre estoicos y aristotélicos.

Todos los conjuntos analizados tienen libros filosóficos, y solo uno, el de Gil de Fuentes, no contiene ninguno vinculado al estoicismo o epicureísmo. Si analizamos el peso relativo de los libros de filosofía dentro de cada biblioteca, destaca la de El Pinciano, con un 23%, seguida de la del Monasterio de Santiago de la Espada y la del Marqués del Cenete, con más del 18%; mientras que en las grandes colecciones de la Catedral de Salamanca, del duque de Calabria y del futuro Felipe II, la materia filosófica supone solo un 6%, muy inferior a la proporción que tiene en bibliotecas menores como las de Gonzalo de Santa María o Arias Montano. Las bibliotecas con menor peso de la filosofía son las de Juana la Loca y el obispo de Calahorra, con menos del 2%, porcentaje muy similar al que tiene esta materia en las tiendas-taller de los Cromberger[9].

Las fuentes del estoicismo y el epicureísmo tienen un peso escaso respecto al total, pero curiosamente dentro de bibliotecas pequeñas como la de García de Santa María, Treviño o el I Conde de Oropesa, suponen entre el 11 y el 14% de los libros conocidos. Otro dato importante es que en diez bibliotecas, de menos de 100 libros, todos los de filosofía contienen información sobre el estoicismo y el epicureísmo, lo que es una clara muestra de la gran difusión de algunos autores, especialmente Séneca, Cicerón y Boecio, que aparecen, casi siempre traducidos, en librerías poco filosóficas en las que ni siquiera tiene cabida Aristóteles. Dos ejemplos que llaman la atención son las bibliotecas de Carlos V en Yuste, cuyos libros de filosofía son todos «boecios», y de Antonio de Rojas, con cuatro «plutarcos». También en la biblioteca del III duque de Béjar casi todos los libros de filosofía pertenecen al grupo que estudiamos. Hay que recalcar que 10 bibliotecas, de las que 6 son nobiliarias –Priego, Cenete, los Enríquez, Béjar, Calabria–, destacan por la abundancia de autores clásicos, de los que poseen una amplia representación, como de los humanistas italianos. Además, tener en cuenta la presencia de libros de Erasmo es esencial, ya que aparecen en 12 de las bibliotecas estudiadas. Si bien en algunas en las que abunda, como las de Gil de Fuentes y Francisco de Vargas, no hay o hay muy pocos libros sobre estoicismo y epicureísmo, tampoco muy frecuentes en las colecciones de los Enríquez; el interés por Erasmo sí parece coincidir con el interés por la filosofía helenística en otras, como la del III Duque de Béjar, donde Erasmo y Plutarco son los autores mejor representados; o la del príncipe Felipe, que tiene once obras de Erasmo y muchas sobre el estoicismo y el epicureísmo conectadas con él por su comentario, edición o traducción: los opúsculos de Luciano impresos por Froben, los libros de Cicerón impresos por Griphius, 2 ejemplares de la obra de Séneca de Herwagen, 2 ejemplares de las *Flores* de Séneca de 1534, la obra completa de Luciano de 1538 y la de Plutarco de 1541. También erasmiana es la edición de las *Flores* del obispo de Calahorra, y del duque de Béjar, como la traducción latina de los *Opúsculos* de Plutarco que este poseía; y la obra de Luciano del duque de Calabria. En la biblioteca de Colón también aparecen como fuentes del estoicismo y epicureísmo muchas ediciones con la huella de Erasmo. Destaca, pues, la importancia de Erasmo en la difusión de estas filosofías, no solo por sus propias obras, sino por su labor de traductor, editor y/o anotador de Cicerón, Séneca, Plutarco, Luciano, y recopilador de sentencias de Séneca y Diógenes Laercio. Esta relación con el erasmismo, así como la

9. Este último dato se explica claramente por el escaso impacto comercial de estas obras, destinadas a una minoría de lectores.

asociación con el ateísmo de muchos de los autores que nos interesan, podría determinar su presencia en las bibliotecas de la segunda mitad del XVI[10].

La variedad dentro del grupo de libros sobre estoicismo y epicureísmo cambia mucho de unas bibliotecas a otras. Predominan las de escasa diversidad, pues 16 tienen tres autores o menos. Destacan los casos del obispo de Calahorra, el III duque de Medina Sidonia, y el III duque de Béjar, pues tienen bibliotecas de gran tamaño pero con poca filosofía, pocas fuentes del estoicismo y epicureísmo, y muy concentradas. Dentro de estos 16 conjuntos poco diversos, el autor que más aparece, en 10 de ellos, es Cicerón, seguido de Séneca, en 7; Boecio, en 6; Plutarco en 5; y Petrarca en 3. Esto parece indicar que el autor más extendido es Cicerón, por delante de Séneca. Ocho bibliotecas son algo más variadas, con representación de 4 autores, muy significativa en colecciones que solo tienen entre 4 y 6 obras sobre estoicismo y epicureísmo, como las de los condes de Oropesa, el II Duque de Alburquerque, el I conde de Mélito, Rojas, Arias Montano y el Hospital de la Vera Cruz, pues podría ser un síntoma del interés por estas corrientes filosóficas. Mayor interés revelan colecciones como las del Marqués de Priego y el conde de Feria, con 6 autores; las de la Catedral de Salamanca y El Pinciano, con 7 autores; las del Marqués de Cenete y el duque de Calabria, con 9 autores; y por encima de todas ellas, la del príncipe Felipe, con 11 autores de los 12 que buscamos. El único autor que no aparece en la rica librería del heredero es Marco Aurelio, como en ninguna de las bibliotecas analizadas, pues frente a la gran difusión editorial desde 1528 de la ficción histórica del *Libro Aúreo de Marco Aurelio* de Guevara, la obra real del estoico emperador fue publicada por vez primera en 1558, en griego y con traducción latina.

Otra cuestión relevante, además de cuántos autores aparecen en las bibliotecas, es la de cuáles son los mejor representados en aquellas que tienen obras de varios. En 6 bibliotecas, las de Priego, la Catedral de Salamanca, Calabria y el príncipe Felipe, el autor del que poseen más obras es Cicerón, destacando las dos últimas, con 15 libros suyos de los 41 del conjunto de fuentes del estoicismo y epicureísmo; y 23 de 52. En las bibliotecas de Isabel la Católica, el conde de Feria, el marqués de Tarifa y el Hospital de Veracruz, por el contrario, abundan más las obras de Séneca, que en la primera suponen más de la mitad del corpus que buscamos. La única biblioteca en la que Plutarco supera a los anteriores es la del duque de Béjar, en la que supone la mitad del conjunto. El Marqués del Cenete destaca por tener obras de Horacio, el segundo mejor representado en su biblioteca; como Plutarco en la del Duque de Calabria, con 8; y Séneca y Plutarco en la del príncipe, con 7 cada uno, una más que Luciano. También es significativo observar de qué pensadores hay ejemplares en los almacenes de los Cromberger. En 1528 aparecen, entre las impresiones de Jacobo, los *Proverbios* atribuidos a Séneca en castellano, de los que quedan 724 ejemplares –no porque no se vendieran, sino porque la edición es de ese mismo año–, pero no hay rastro ni de *La vida y excelentes dichos de los mas sabios filósofos*, traducción fragmentaria de Hernando Díaz de Diógenes Laercio[11], impresa en 1516 y reeditada en

10. Espero desarrollar esta investigación respecto al periodo 1560-1600 en el marco de mi tesis doctoral.

11. Hay partes que podrían ser una traducción directa de Diógenes Laercio o de algún reelaborador como Walter Burley, otras citan a Valerio Máximo. Debería compararse con la versión cuatrocentista editada por Francisco Crosas en 2002.

1520, ni de *La consolación* de Boecio impresa en 1518 y 1521. Las demás obras que aparecen, con un solo ejemplar, son textos latinos de Cicerón probablemente importados para clientes interesados en él, y que pudieran permitirse sus obras completas por 750 maravedíes. En 1540 hay una mayor presencia de los libros que nos interesan, pero de nuevo el único impreso en el taller propio son los proverbios atribuidos a Séneca, reimpresos cinco años antes, de los que quedan 66 ejemplares, y no aparecen ni Boecio ni la traducción de Díaz, que se cree reimpresa en 1535, esta última quizá por haberse agotado, dado que el año siguiente al inventario se hace otra impresión. Las demás obras son o textos latinos de Cicerón y Plutarco importados, o traducciones castellanas de las *Epístolas* y *Los cinco libros de Séneca,* posiblemente impresas por Miguel de Eguía.

Análisis según autores y obras

Si consideramos cuál es el autor presente en más bibliotecas, los datos obtenidos indican que el más extendido es Séneca, en 23 de las 34 analizadas, casi el 68%. El segundo, en 22 bibliotecas, es Cicerón, lo que refuerza su popularidad, antes apuntada por otros parámetros. En tercer lugar estaría Plutarco, que aparece en 17 colecciones, seguido de Boecio, en 15, Petrarca con *De remediis*, en 10; Horacio y Diógenes Laercio, en 7, y Macrobio, en 6. Los menos frecuentes son Luciano, en 5 bibliotecas, Lucrecio, en 3, y Epicteto, en solo dos. Si sumamos el número total de libros de cada autor en todas las bibliotecas incluyendo las obras repetidas, el más importante es Cicerón, con más de 100, seguido de Séneca, con 70 y 9 atribuidas, Plutarco, con 48, y Boecio, con 27. A gran distancia estarían Horacio, con 16; Luciano, con 13; Petrarca y Laercio con 11, y Macrobio con 9. Solo hay 6 libros de Lucrecio y 2 de Epicteto. Esto parece señalar que en esta primera mitad de siglo los autores más difundidos eran aquellos más prestigiosos en la Edad Media, y traducidos al castellano en el Cuatrocientos, Cicerón y Séneca, aunque se aprecian nuevas tendencias como la creciente presencia de Plutarco. Diógenes Laercio y Macrobio aparecen por vez primera en la biblioteca del Marqués del Priego (1518); Luciano y Horacio en la de Cenete, en 1523; y hasta mediados de siglo no encontramos a Lucrecio y Epicteto, aunque de este último había una edición grecolatina ya en 1531, y en 1555 una impresa en Salamanca. Habrá que ver si desde 1560 estos autores tienen mayor presencia en las bibliotecas, favorecidos unos, como Luciano, por ediciones locales –como sus diálogos en latín (Valencia, 1550)– y por el aumento de traducciones al castellano.

La cuestión de la lengua parece determinante en la difusión de unos autores frente a otros. De los que escribieron en latín, Boecio, Cicerón y Séneca fueron traducidos al castellano en los siglos XIV y XV. Ya en 1510, los lectores podían acceder a estas traducciones medievales en letras de molde: la anónima[12] de las *Epístolas* de Séneca (Zaragoza, 1496 y Toledo, 1502), la de Díaz de Toledo de los *Proverbios* (Zamora, 1482), las de Alonso de Cartagena de *Los cinco libros de Séneca* (Sevilla, 1491), y *De officiis y de senectute* de Cicerón (Sevilla, 1501); y la de Fernández de Madrid de *Los remedios* de Petrarca. De los autores

12. Parece que fue encargada por Pérez de Guzmán y que se realizó desde la traducción italiana. Véase Round.

griegos, la única traducción impresa tan pronto, en 1491, fue la de las *Vidas ilustres* de Plutarco por Alonso de Palencia, desde la latina (impresa en 1470[13]). Por este motivo, no es de extrañar la abundancia en las bibliotecas analizadas de obras originales en latín y traducciones de las mismas al castellano, aunque haya también versiones latinas de los griegos Diógenes Laercio y Luciano, y especialmente de Plutarco, pues aparte de su obra más famosa encontramos sus *Opera moralia, De fortuna, Opuscula,* y *Apotegmata*. Más infrecuentes son las traducciones a otras lenguas romances, aunque hay una francesa, otra italiana y quizá una catalana de Boecio; italianas de las *Epístolas familiares* de Cicerón y las *Vida*s de Plutarco, y francesa de *Sobre la tranquilidad del espiritu* de este último. Traducciones de obras griegas al castellano, además de la indirecta de las *Vidas de Plutarco*, encontramos dos directas, de *Apotegmas* y *Moralia* (1533 y 1548) por Diego Gracián, que criticaba duramente a Palencia. El griego solo está presente en dos bibliotecas, las de Pinciano y el príncipe Felipe, con obras de Plutarco, Epicteto, Luciano y Laercio –que el heredero tiene también en latín; lo cual demuestra el escaso conocimiento del griego, y la importancia de las versiones latinas y castellanas en la transmisión.

En cuanto a la frecuencia de cada obra en los autores con varios títulos, las que aparecen en más bibliotecas son las *Epístolas* de Séneca –incluyendo la apócrifa correspondencia con San Pablo– y las *Vidas* de Plutarco, en 16; seguidas de *Los oficios* de Cicerón, en 15; *las Epístolas* de Cicerón, en 12; los *Cinco libros de Séne*ca traducidos por Cartagena[14], en 11; y las *Oraciones* de Cicerón, en 10. También tienen gran difusión las *Tragedias* de Séneca, en 8 bibliotecas, y los *Proverbios* a él atribuidos, en 7. Si atendemos a la obra completa editada, la más frecuente sería la de Séneca, en 11 bibliotecas; frente a la de Luciano, en 4; y la de Cicerón, solo en 3. Esta presencia de Séneca quizá se deba en parte a que, según Beardsley, es el clásico cuyas traducciones más se editaron en el siglo XV, en el primer cuarto del XVI, y, tras Esopo, en el segundo cuarto, con 6 ediciones, seguido de Cicerón y Plutarco con 4. Solo desde 1575 declina el éxito de sus traducciones, y Cicerón le supera tras Ovidio y Esopo. Aparte de las obras más difundidas, de Cicerón encontramos también *De officiis* con *De amicitia* y *De Senectute*, además de sus *Tusculanas*, sus *Philipicas*, un comentario a sus *Academicas*, y solo en la del Marqués del Cenete –probablemente de su padre– el importante *De natura deorum*. De Séneca aparecen por separado *De vita beata, De moribus, De tranquillitate, De brevitate vitae, Naturalium questionum* y *Contra la ira y la saña*. De Plutarco tenemos *De fortuna, los Morales, los Opúsculos, los Apotegmas, y Sobre la tranquilidad del espíritu*, y de Luciano sus diálogos y opúsculos. En cuanto a Diógenes Laercio, aparece en la versión de Walter Burley, la selección de sus sentencias en verso por Nebrija; y además de la obra completa, El Pinciano y el príncipe Felipe poseen ediciones del libro X exento, lo que delata interés por el epicureísmo al tratarse de de la fuente más importante sobre la vida e ideas de Epicuro.

De todos los títulos reseñados, cuatro forman parte de la típica biblioteca nobiliaria de este periodo propuesta por Juan Manuel Valencia (1996)[15]: la *Consolación* de Boecio,

13. Véase el reciente estudio de Allés sobre las fuentes del mismo.

14. Esta edición contiene la epístola 88, aunque el título indique otra obra.

15. Tras comparar las bibliotecas de Suárez de Figueroa, I conde de Oropesa, I marqués de Priego, Marqués de Cenete, I marqués de Tarifa, II conde Oropesa, Duque de Calabria y III duque de Béjar, elabora su propuesta según los libros que coinciden en todas ellas.

De officiis de Cicerón, *Vidas paralelas* de Plutarco y *Las obras* de Séneca. Así pues, podemos considerar que al menos cuatro fuentes del estoicismo y el epicureísmo eran parte de la cultura nobiliaria básica, junto a la Biblia, Alfonso X, Tito Livio, o Dante, por ejemplo, lo cual no sorprende si tenemos en cuenta que las primeras traducciones castellanas de las mismas estaban dedicadas a reyes como Juan II o nobles como el Duque de Cádiz o el Marqués de Santillana.

Conclusiones

Por el desequilibrio entre la información de unos y otros inventarios, no han podido compararse datos como el soporte y el predominio de ciertas ediciones y comentarios. Esperamos que el proyecto de la Biblioteca Digital Hispánica dirigido por Sagrario López Poza, donde se volcarán numerosos inventarios, permita una revisión y unificación de los datos, de forma que los estudios comparativos como este sean más sencillos. Nos limitaremos, pues, a esbozar la imagen que las bibliotecas han ofrecido sobre la difusión del estoicismo y el epicureísmo, y que debe completarse con los estudios sobre ediciones y manuscritos de estas corrientes[16]. La presencia de libros que más o menos directamente ayudaban a conocer estas filosofías es una constante en las bibliotecas analizadas, solo faltan en una de ellas, lo que es aún más significativo por el escaso peso de la Filosofía en las bibliotecas, frente a las obras religiosas, espirituales e históricas. En muchos casos, suponen una gran parte de las obras filosóficas que encontramos. Su difusión es tal que aparecen tanto en colecciones pequeñas –García de Santa María– como en aquellas tan amplias que contienen títulos repetidos en varias lenguas, soportes, y ediciones –Marqués del Cenete–; tanto en conjuntos que denotan una cultura humanística latina –Duque de Calabria– como en los puramente romances –Mélito–; tanto en los dominados por la literatura clásica –Marqués de Priego– como en aquellos con mayor presencia de la religión –Catedral de Salamanca–, o la ficción caballeresca –duque de Alburquerque–. No alcanzan tan solo a eruditos y humanistas, sino a miembros de la realeza y nobleza –muchos protectores de escritores que así podrían acceder a ellas– y a estudiantes. Ciertas obras, por el prestigio de sus autores, logran ser las únicas representantes de la filosofía en diez bibliotecas. Es revelador que personajes tan poderosos como el príncipe Felipe, el duque de Calabria y el Marqués de Cenete –o el Gran Cardenal Mendoza, si gran parte de los libros eran de él– sean los que poseen más libros relacionados con estas corrientes, sin contar a Hernando Colón, cuya fiebre bibliófila se enciende también ante estas obras. Además, la importancia de Erasmo en las ediciones de algunas obras permite preguntarse si la difusión del erasmismo y la de la filosofía helenística van de la mano, lo que parece probable, tanto si llegan a la segunda a través del primero, como si se trata del proceso inverso. Y esto lleva también a preguntarse por el grado de heterodoxia que se advertía en estas obras,

16. Por ejemplo, *Iter Italicum*, de Kristeller, muestra la existencia de manuscritos con traducciones de estos autores, como la de las *Paradoxas* de Cicerón o *De ira* de Séneca por Nuño de Guzmán o la impulsada por el mismo de las *Tusculanas*, que no han sido halladas en los inventarios. En cuanto a ediciones, faltan en las bibliotecas muchas traducciones del XVI, como las de obras de Cicerón por Thámara y Jarava impresas en 1546, 1549, 1550…

y si a medida que aumentó el control inquisitorial sobre el libro y la lectura, algunas fueron desterradas de las bibliotecas o silenciadas en los inventarios. En cuanto a la complejidad de la transmisión, la mayoría de las bibliotecas no contaba con varias fuentes distintas, sino que tenía a Cicerón, Séneca y Boecio, con excepciones como las del príncipe Felipe, Cenete y Calabria. Tanto en las colecciones más diversas como en las que no lo son, el autor mejor representado es Cicerón. Séneca es sin embargo el presente en más bibliotecas, seguido de Cicerón y Plutarco, y lo mismo ocurre en cuanto al número total de obras halladas. Estos tres autores cuentan con traducciones tempranas a lenguas romances que sin duda facilitaron su conocimiento, pues las obras que más bibliotecas poseen, tanto en latín como en castellano, son precisamente las *Epístolas* de Séneca, las *Vidas* de Plutarco y *Los oficios* de Cicerón. En el otro extremo, Marco Aurelio nunca aparece, y Epicteto y Lucrecio apenas, pese a que de los dos últimos sí se imprimieron en este periodo. Si ni la lengua –pues Poliziano vertió al latín a Epicteto– ni el soporte dificultaban su difusión, cabría preguntarse si los autores abiertamente estoicos o epicúreos como ellos, cuyo pensamiento no había sido tan filtrado por el cristianismo[17] como el de Séneca o Boecio, no resultaban tan atractivos como en Italia[18]; o si necesitaban el impulso de una traducción castellana impresa[19].

17. No olvidamos las paráfrasis cristianas de Epicteto (Simplicio…), estudiadas por I. Hadot y G. Boter, pero sin duda gozaron de menor difusión.

18. Allí la impronta de *De rerum natura* es más profunda desde su redescubrimiento en 1417, véase von Albrecht.

19. D. Peláez acaba de editar dos traducciones manuscritas de Epicteto, que describe así: la de Alvar Gómez de Castro (*c.* 1556), basada en el original griego, la traducción de Poliziano y el comentario de Simplicio; y la atribuida a Pedro de Rúa desde la versión latina. La primera en imprimirse fue la de El Brocense, de 1593 (Salamanca, 1600). No tengo constancia de ninguna traducción al castellano de Lucrecio en el s. XVI, quizá la primera sea la de Marchena (fin XVIII).

Apéndice. Tabla-resumen del corpus analizado

Nº Inv.	Poseedor	Fechas	Nº total títulos o asientos	Nº aprox. Libros Filosofía	% de filosofía respecto al total	N.º libros relacionados con estoicismo o epicureísmo	% est./epic. respecto al total	% est./epic. respecto a Filosofía	Autor más frecuente entre los estudiados (n.º libros)
1	Isabel la Católica	1474-1505	553 ejemplares	26	4'70	17	3'07	65'38	Séneca (9)
2	Fernando Álvarez de Toledo, I conde de Oropesa	1504	43	5	11'62	5	11'62	100	Séneca (2)
3	Juan de Guzmán, III duque de Medina Sidonia	1507	230 vol.	9	3'91	4	1'73	44'44	Plutarco (2)
4	Monasterio de Santiago de la Espada	1507-09	65 vol.	12	18'46	3	4'61	25	Boecio (2)
5	Francisco de Treviño, regidor Santiago	1511	27	3	11'11	3	11'11	100	Séneca (2)
6	Pedro Fernández de Córdoba, marqués del Priego	1518	309 vol.	29	9'38	19	6'14	65'51	Cicerón (8)
7	Gonzalo García de Santa María	1519	¿? + 27 vol.	4	14'81	4	14'81	100	Cicerón (3)
8	Rodrigo de Mendoza, I Marqués del Cenete, iniciada por el Cardenal Mendoza (Pedro González de Mendonza)	1523	631 partidas	115 vol.	18'22	32	5'07	27,82	Cicerón (9)
9	Francisco Fernández de la Cueva, II Duque de Alburquerque	1526	119 asientos 129 títulos	6	4'65	4	3'10	66'66	= (ninguno destaca)
10	Don Lorenzo Suárez de Figueroa, III Conde de Feria. Parte proviene de la del Marqués del Priego, por matrimonio con la heredera del marquesado en 1518.	1528	284 vol.	18	6'33	12	4'22	66'66	Séneca (5)
11	Impresor Jacobo Cromberger. Taller y tienda	1528	229 asientos 169000 uns	5	2'18	3	1'31	60	Séneca y Cicerón (2)
12	Don Fadrique Enríquez de Ribera, I Marqués de Tarifa	1532	223 partidas 260 libros	11	4'23	5	1'92	45'45	Séneca (4)
13	Catedral de Salamanca con donaciones de los obispos Vivero (1480) y don Juan de Castilla (1510)	1533	750 vol.	45	6	18	2'4	40	Cicerón (7)
14	Don Enrique Enríquez, II Conde de Ribadavia. Hijo del III Almirante de Castilla, D. Alonso Enríquez, y hermano del IV, D. Fadrique Enríquez. Por matrimonio, con de de Ribadavia y Adelantado de Galicia	1534	83 aprox.	6	7'22	6	7'22	100	Séneca (4)
15	Diego Hurtado de Mendoza, I conde de Mélito. Virrey de Valencia entre 1520-22. Hermano menor del I Marqués de Cenete	1536	66 (11 ms)	6	9'09	5	7'57	83'33	Séneca (2)
16a	Hernando Colón	1539	15.000			264 primera aprox.	1'76 (1'08 del C. Concordado)		Luciano y Cicerón (c. 90)
17	Impresor Juan Cromberger, hijo de Jacobo. Taller y tienda	1540	525 asientos (77.000 uns)	10	1'90	9	1'71	90	Cicerón y Séneca (3)
18	Fernando de Rojas	1541	97	4	4'12	4	4'12	100	=
19	Francisco Álvarez de Toledo, 2º conde de Oropesa (13 podrían ser de su padre)	1543	67	5	7'46	4	5'97	80	=
20	Gil de Fuentes Amigo de Constantino Ponce de la Fuente. Su sobrino A. Escobar hereda parte de sus libros	1543	47	2	4'25	0	0	0	=
21	Don Francisco de Zúñiga, Guzmán y Sotomayor, V Conde de Belalcázar y por matrimonio con Teresa de Zúñiga y Sotomayor, III duque de Béjar y Grande de España en 1531	1544	251 vols.	15	5'97	14	5'57	93'33	Plutarco (7)

22	Juana La Loca	Bienes de 1509 rev. 1555	88 partidas con 105 (21 de oras muy ricos, 72 con plata)	2	1'90	2	1'90	100	=
23	Francisco de Vargas. Reformista sevillano, amigo de Egidio y de Ponce	1546	73	3	4'10	3	4'10	100	Cicerón (2)
24	Francesc Cerezo	1546	26 vol.	3	11'53	3	11'53	100	Séneca (2)
25	Benito Arias Montano	1548 (primer inv.) 1553 (segundo inv.)	128/101 parece repetir	14	13'86	6	5'94	42'85	Cicerón y Plutarco (2)
26	Fernando de Aragón, dique de Calabria. Primogénito del rey de Nápoles Federico I y de Isabel del Balzo. Virrey de Aragón por casarse con Germana de Foix, en 1526.	1550	795	49	6'16	41	5'15	83'67	Cicerón (15)
27	Diego de Morlanes	1550	121	4	3'30	3	2'47	75	Cicerón (2)
28	Alonso de Escobar	1552	48 (22 de Gil de Fuentes)	4	8'33	1	2'08	25	Cicerón (único)
29	Hernán Núñez de Guzmán, El Pinciano	1553	c. 260 obras localicadas en la B. U. Salamanca	61	23'46	23 aprox.	8'84	37'70	Cicerón 7)
30	Hospital de la Vera Cruz (parte donación en 1455 del Conde de Haro, Pedro Fernández de Velasco)	1553	160 (59 donados en 1455)	14	8'75	12 (5 donados en 1455)	7'5	85'71	Séneca (6)
31	Antonio de Rojas y Velasco, señor de Villerías. Ayo. del príncipe don Carlos	1556	64 item, 73 vols.	4	6'25	4	6'25	100	Plutarco (4)
32	Juan Bernal Díaz de Luco, obispo de Calahorra	1556	515 asientos	10	1'94	5	0'97	50	Séneca (3)
33	Carlos V	1558	42+24	3	4'54	3	4'54	100	Boecio (único)
34	Felipe II, príncipe (Librería Rica)	1532-1559	1526 libros	105	6'88	52	3'40	49'52	Cicerón (23)

Inventarios

Recogidos por:

Hernández (ahora Páiz), Mª Isabel, «Suma de inventarios de bibliotecas del siglo xvi (1501-1560)» en *El libro antiguo español IV: coleccionismo y bibliotecas*, Universidad de Salamanca&Patrimonio Nacional, Salamanca, 1998, pp. 375-446. [inventarios 2, 5, 6, 8, 10, 11, 13, 15, 18, 19, 20, 24, 25, 26, 31, 32, 33, 37, 42, 45, 46, 47, 48, 51, 52]

Otros:

Berger, Philippe, «Las bibliotecas nobiliarias de la parroquia de San Andrés de Valencia (1477-1557)», *Bulletin hispanique*, Vol. 97, Nº 1 (1995), pp. 375-383. [Para Francesc Cerezo].

Colón, Hernando, *Abecedarium B y supplementum*, Fundación Mapfre&Cabildo de la Catedral de Sevilla, Madrid, 1992.

Gallego, Olga, «Biblioteca del Conde de Ribadavia Don Enrique Enríquez (?-1534)» en *Homenaxe a Daría Vilariño*, Universidade, Santiago de Compostela, 1993, pp. 355-386.

Gonzalo, José Luis, *Regia Bibliotheca: el libro en la corte española de Carlos V*, tomo II, Editora Regional de Extremadura, Mérida, 2005. [Para Juana la Loca y Carlos V].

——, *La "Librería rica" de Felipe II: estudio histórico y catalogación,* R.C.U. Escorial-Mª Cristina, San Lorenzo del Escorial, 1998.

RUIZ, Elisa, y Mª Pilar Carceller, «La biblioteca del II Duque de Alburquerque (1467-1526)», *Anuario de estudios medievales*, nº 32, 1 (2002), pp. 361-400.

RUIZ, Elisa, *Los libros de Isabel la Católica*, Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, Salamanca, 2004.

SIGNES, Juan, *Biblioteca y epistolario de Hernán Nuñez de Guzmán (El Pinciano)*, C. S. I. C., Madrid, 2001.

VALENCIA, Juan Manuel, «La biblioteca de Lorenzo Suárez de Figueroa, III Conde de Feria (1528)» en *Congreso conmemorativo del VI centenario del señorío de Feria (1394-1994)*, Editora Regional de Extremadura, Mérida, 1996, pp. 283-303.

BIBLIOGRAFÍA

ALBRECHT, Michael von, «Fortuna europea de Lucrecio», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos,* 22.2 (2002), pp. 333-361.

ALLÉS, Susanna, «Alfonso de Palencia y la traducción de las Vidas de Plutarco (nuevos datos en torno al texto de partida)», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos*, 28.2 (2008), pp. 99-124.

BEARDSLEY, Theodore S., *Hispano-Classical translations printed between 1482 and 1699*, Duquesne University Press, Pittsburgh, 1970.

BERGUA, J., *Estudios sobre la tradición de Plutarco en España (ss. XIII-XVII)*, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1995.

BLÜHER, Karl Alfred, *Séneca en España*, Gredos, Madrid, 1983.

KRAYE, Jill, «The Revival of Hellenistic philosophies» en *The Cambridge Companion to Renaissance Philosophy*, ed. J. Hankins, Cambridge University Press, Cambridge, 2007, pp. 97-113.

——, «Moral philosophy» en *The Cambridge History of Renaissance Philosophy*, Cambridge University Press, Cambridge, 2009, pp. 303-387.

MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino, *Horacio en España. Tomo 1. Traductores y comentadores,* Pérez Dubrull, Madrid, 1885.

MORALES, A., *Plutarco en España: Traducciones de Moralia en el siglo XVI*, Universidad de Murcia, Murcia, 2000.

PELÁEZ, Mª Dolores, *El Enquiridión de Epicteto. La traducción del maestro Alvar Gómez de Castro en el siglo XVI*, Ediciones Clásicas, Madrid, 2010.

ROUND, Nicholas G., «Las traducciones medievales, catalanas y castellanas de las *Tragedias* de Séneca», *Anuario de estudios medievales*, 9 (1974/1979), pp.187-227.

VIVES COLL, A. *Luciano de Samosata en España. 1500-1700*, Sever-Cuesta, Valladolid-La Laguna, 1959.

VEGA, María José, «La biblioteca del ateo en el Quinientos» en *Letras humanas y conflictos del saber*, eds. A. Vian y C. Baranda, Universidad Complutense & Instituto Menéndez Pidal, Madrid, 2008, pp. 261-301.